

En fin, las tradiciones, las cosmogonías, los edificios religiosos, los palacios, los geroglíficos, las instituciones de los pueblos de América en la época de la conquista española, ofrecen tales semejanzas con los de la Asia, que es imposible negar su liga ó su parentesco.

Ya se ve como ni la variedad de tipos, ni la diversidad de lenguas, ni la dificultad de poblar el mundo, ministran argumentos sólidos para combatir la unidad de la especie humana.

Ni la variedad de tipos humanos, ni la diversidad de los idiomas, ni la imposibilidad de poblar en las primeras edades la América y la Océanía, constituyen como se ha visto, fundamentos sólidos para establecer sobre ellos la pluralidad de especies de la raza humana.

La unidad del género humano puede sólidamente establecerse en un solo argumento que es enteramente decisivo: lo ministra la ciencia fisiológica.

El hombre, por su cuerpo está inevitablemente sujeto á las leyes que gobiernan y dirigen el reino animal.

Todo animal está dotado de dos fuerzas: una plástica, en virtud de la cual, como dice el P. Monsabré, puede, bajo la influencia de los medios en que se halla, modificar accidentalmente su naturaleza, y otra de trasmisión, en virtud de la cual comunica su naturaleza con las modificaciones que ha experimentado.

De las dos fuerzas combinadas nacen la especie y la raza.

Cuanto es flexible la fuerza plástica en sus efectos, tanto es inmutable la fuerza de trasmisión.

Esta debe perdurar en la especie, para que la especie se perpetúe.

Si se ensaya esta fuerza de trasmisión de un género á otro género, bien pronto queda castigada, por la violencia que hace á la naturaleza, con una pena terrible, que es la esterilidad.

El *creced y multiplicáos* que se pronunció en la aurora de los tiempos sobre toda vida, jamás salva los linderos de la especie; de manera que el signo verdaderamente característico de la especie no debe buscarse en otra parte, más que en la fecundidad continua.

Y así lo ha mostrado la observación.

Mientras que la selección aplicada á individuos

escogidos en géneros que se tocan, no engendra más que productos híbridos, cuya fuerza de trasmisión es nula ó limitada á unas cuantas generaciones, la unión del hombre y de la mujer, cualquiera que sea la diferencia de tipos, recibe de la bendición divina una virtud que atraviesa indefinidamente las familias.

“La sangre del negro y del blanco, dice el P. Monsabré, no son licores extraños que rehusan fundirse para impregnar el ser que ellos producen al calor comunicativo de la vida: como dos ríos amigos, mezclan sus ondas fértiles cuyos orígenes se reconocen en un tinte mixto, que va modificándose de alianzas en alianzas hasta que logra triunfar la sangre más pura.”

“En una palabra, dice el P. Monsabré, apoyado en las enseñanzas de Quatrefages, entre todas las parejas de la humanidad la fecundidad es continua, luego la humanidad es una sola especie, á menos que las leyes que rigen el organismo humano no estén en contradicción, sobre los puntos importantes y verdaderamente característicos, con las leyes á que obedecen todos los otros organismos vivientes.”

Por eso el célebre naturalista, á quien acabamos

de referirnos, fundado en ese principio y en las observaciones que lo comprueban, ha dicho que la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, y que han descendido ó que puede considerarse que descienden de una pareja primitiva única, por una sucesión no interrumpida de familias.

Así es que donde hay fecundidad continua hay especie; la fuerza de trasmisión prueba la identidad de la especie y la conserva.

La fuerza plástica es la que establece las diferencias en los individuos sin mudar la especie; introduce modificaciones en la especie sin cambiar su esencia.

El medio en que se desarrollan los seres hace que esa fuerza se flexione y produzca las modificaciones que se afirman, que crecen y se multiplican á cada paso.

La herencia y el medio engendran esas flexiones de la fuerza plástica.

A la herencia debemos muchos bienes y también muchos males: nadie puede negar su virtud misteriosa.

No es menos perceptible la acción complexa del medio en que se vive.

“Si los seres insensibles, dice el P. Monsabré, sufren la influencia del medio en que se hallan, si el mármol, por ejemplo, no tiene bajo la luz sombría de nuestros climas los tonos resplandecientes que reviste bajo los hermosos cielos de Grecia y de Italia, cuánto más no la sentirán los seres vivientes en los que la inercia queda reemplazada por la fuerza de asimilación.”

“Tal flor palidece y se agosta bajo nuestro mutable cielo, continúa diciendo el P. Monsabré, que ante el ardiente sol de los trópicos extiende su ancha corola, y sus colores vivos; tal árbol que languidece, plantado en un suelo árido y sin jugo, saca de un suelo húmedo tronco y ramas gigantes.”

Más que los vegetales, el animal se transforma bajo la influencia del medio, porque su vida más perfecta colabora más activamente con las causas anteriores.

El hombre es el más perfecto de los vivientes; no podremos, entonces, encontrar uniforme su tipo, cuando en su organismo más delicado, más impresionable, más flexible, la fuerza plástica presta á las fuerzas exteriores un concurso más enérgico.

Así es que la influencia del medio, tiene que hacerse sentir sobre el hombre con más energías, con más viveza, si cabe la palabra.

El hombre es un animal racional, y el alma es la forma del cuerpo.

Sus hábitos y sus pasiones, tienen su reflejo en la fisonomía.

En consecuencia, y esto la observación lo muestra cada día, las tradiciones piadosamente conservadas, una inteligencia cultivada, el amor de lo bello y de lo grande, los nobles esfuerzos de la libertad contra los apetitos de la materia, las costumbres suaves, las sabias instituciones, no pueden dar á un pueblo la misma fisonomía que la existencia sumida en el grosero olvido de las nociones fundamentales de la humanidad, la aplicación exclusiva á los ejercicios del cuerpo, la indiferencia estúpida, la satisfacción constante de los apetitos materiales, las costumbres disolutas, una opresión bárbara ó una independencia salvaje.

Esos diferentes elementos del medio en que se vive, tienen que engendrar, y engendran necesariamente, profunda y radical diferencia en la fisonomía de los pueblos sometidos á esos elementos.

No carecen de influencia también las cualidades de la atmósfera, la luz, el calor, la electricidad, la alimentación; estas causas físicas trabajan al organismo por la parte de afuera, mientras el alma lo trabaja por la parte de adentro.

Y esto tenía más importancia, se hacía sentir más su influencia en la época en que la especie humana se dividió en grupos fundamentales.

La acción del medio, la influencia del clima, era, en aquel entonces, muy superior á lo que es hoy.

“Las grandes variedades de la especie humana no son, dice Lacede, obra reciente de las causas naturales, á cuya influencia está sometido el hombre.”

“Cuando la especie humana se dividió en grupos fundamentales, cuando las razas diferentes comenzaron á existir, la acción del clima era muy superior á lo que es hoy.”

“Esas razas se produjeron en una época muy cercana á la última catástrofe que trastornó la superficie del globo.”

“Todos los elementos, cuya reunión compone lo que llamamos *la influencia del clima*, presentaban, dice el último autor citado, en esos tiem-

pos de agitación y de desorden, una potencia muy superior á la que ellas pueden manifestar hoy: la calma de un gran número de siglos ha embotado las fuerzas de la naturaleza y ha encadenado la acción de un gran número de sustancias por su mezcla y sus combinaciones.”

“En la época cercana á la destrucción de la superficie del globo, cuando las leyes conservadoras estaban en suspenso, por decirlo así, cuando cada cosa estaba, en cierto modo, fuera de su lugar, los extremos estaban muy alejados los unos de los otros, los contrastes eran más palpitantes, los cambios más rápidos.”

“Esta sucesión rápida de causas contrarias, ó al menos muy diferentes, es la que siempre ha hecho experimentar á los seres organizados los efectos más notables, las modificaciones más profundas, las alteraciones más durables.”

“El clima, pues, concluye el autor á quien nos venimos refiriendo, es el que ha podido producir, en aquellos tiempos, las razas de la especie humana.”

Y si estas variaciones se perpetúan, si estas variedades están, por decirlo así, como enraizadas, es debido, sin duda, á la obstinación de cier-

tas familias de no abandonar los medios en que viven, en la tendencia irremediable de muchas, á no salir de su sangre.

Por eso, si la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes, pero que todos descienden, por una sucesión no interrumpida, de una sola pareja primitiva, la raza tiene que ser el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que han recibido y transmiten, por vía de generación, los caracteres de una variedad primitiva.

Ya se ve como la fuerza de transmisión prueba y conserva la especie, y como la fuerza plástica prueba y conserva las razas.

La variedad de éstas, en modo alguno, destruye la unidad de la especie.

Alguien pudiera decir, que no repugna á la omnipotencia divina, haber creado en diversos lugares muchas parejas de la misma especie.

Nadie se atreverá á negar la posibilidad; pero de que así se haya realizado, es imposible producir prueba alguna.

“Tal afirmación tiene que ceder el paso, dice el P. Monsabré, á esa historia venerada durante más de cuarenta siglos por millones de hombres, con-

firmada por las tradiciones, por las ciencias naturales, por el estudio de las lenguas, por la geografía, y yo agrego, por el simple buen sentido.”

La especie humana es una sola: todos somos hermanos de una misma familia: la humanidad toda entera estaba en Adán.

De este gran principio depende el dogma de la Encarnación reparadora.

La humanidad, como se ha demostrado con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, no ha tenido más que un solo origen: ha venido exclusivamente de Adán.

Del cuerpo de este primer hombre, se formó el de la mujer, y de esta única pareja, proviene la descendencia humana.

Pero ¿en qué estado se hallaba la humanidad de Adán?

El primer hombre, al salir de las manos de Dios, estaba dotado de la inocencia, de la justicia original y de la santidad.

“Este estado de inocencia y de justicia original supone, dice el P. Monsabré, con la integridad de la naturaleza un bien sobrenatural, un

destino euteramente gratuito y trascendente de la naturaleza á la visión intuitiva, á la posesión inmediata de Dios, y como medio de llegar á este fin, supone también una penetración íntima de la vida divina, que transforma al hombre y hace de él un hijo de Dios, adornado con los dones del Espíritu Santo, y de hábitos infusos que sus fuerzas nativas no pueden producir, capaz, por lo mismo, de ejecutar bajo la acción sobrenatural de la gracia, actos eminentes que le dan derecho á la herencia celeste."

En este estado feliz, fué creado el primer hombre, el único padre, la única fuente, de la raza humana.

Para los creyentes, esto es una verdad indiscutible.

"*Dios hizo al hombre recto,*" dice el libro del Eclesiástico, y por recto, en las frases de la Escritura, se significa el *justo*.

Por eso, en el libro del Cantar de los Cantares, se dice: "*los rectos te amarán:*" y en David, hallamos entre otras, estas dos frases: "*Dios salva á los rectos de corazón: alegrense los justos en el Señor, á los rectos conviene la alabanza.*"

Basta la palabra de Dios, para los que en ella

creen y de ella viven; basta esa voz, que es siempre divina, para que el principio enunciado tenga ante sus ojos los caracteres de una verdad indiscutible.

Los hombres más sabios del mundo, los padres de la Iglesia, han profesado, apoyándose en aquella palabra, la misma verdad consoladora.

"Hemos sido *creados*, por Dios, *buenos y rectos*, decía San Jerónimo, y si nos inclinamos á las cosas malas, es por vicio propio."

"En la ofensa de Adán, decía San Hilario, perdimos la generosidad de la *primera y feliz creación.*"

"Dios no quiso, decía San Agustín, que Adán quedara *sin gracia*, la cual dejó á su arbitrio."

"Fué *creado en la justificación*, dice en otro lugar, *conditum in salute.*"

"Dios *crió* al hombre, enseña San Juan Damasceno, *inocente, recto, probo*, adornado de todo género de virtudes, lo hizo otro ángel, lo hizo espíritu y carne, adorador mixto en estas dos sustancias, y lo hizo adorador, en espíritu, por la gracia."

Esta ha sido la enseñanza divina que ha ido atravesando las corrientes de la vida.

La Iglesia católica, divinamente inspirada, ha promulgado esta ley: "si alguno no confiesa, dijo el Concilio de Trento, que el primer hombre Adán, cuando quebrantó el precepto de Dios, en el paraíso, perdió al punto la santidad y justicia, en que había sido constituido, sea anatema."

Así es que, volvemos á repetirlo, para los creyentes la creación de Adán en justicia y santidad, que envuelve necesariamente, la sabiduría en el entendimiento, y todo género de virtudes en el corazón, es una verdad que está fuera de toda discusión posible.

La rectitud con que fué enriquecido el primer hombre, no fué sin duda, obra de la naturaleza, lo fué necesariamente de la gracia.

Esa rectitud consistía en que la razón humana estaba sujeta á Dios, las fuerzas inferiores estaban sujetas á la razón, y el cuerpo estaba sujeto al espíritu.

Esta triple sujeción, es lo que constituye la rectitud del hombre, es lo que constituye la santidad y la perfección.

Esta triple sujeción, volvemos á repetirlo, no es obra de la naturaleza.

La sujeción de las fuerzas interiores á la ra-

zón y la del cuerpo, al alma, son efecto de la sujeción de la razón á Dios.

La sujeción de las fuerzas inferiores á la razón, y del cuerpo, al alma, no son obra de la naturaleza, porque de otro modo, aun después de la culpa, se habrían mantenido.

El pecado es impotente para destruir los dones naturales.

Si, pues, estas dos sujeciones, no son obra de la naturaleza, tampoco lo es la primera.

Son, entonces, obra de un don sobrenatural.

Fué preciso, entonces, que la obra de la gracia se hubiera hecho sentir en Adán, para mantener esa triple sujeción.

Por otra parte, todo artífice, dota á su obra de los elementos que necesita para que alcance su fin.

Dios, en consecuencia, tuvo que dotar al hombre de lo que necesitaba, para alcanzar el fin con que fuera creado, y como el fin á que Dios destinara al hombre, era sobrenatural, es evidente que le dotó de un medio sobrenatural, como es la gracia.

Y si el primer hombre fué constituido en un estado de santidad y de perfección, fué también

enriquecido en su inteligencia con una ciencia admirable, cual ningún otro hombre ha podido alcanzar en la tierra.

El primer hombre fué creado no sólo para ser el principio de la descendencia humana por la generación corporal, lo fué también para serlo por la instrucción y el gobierno, y no sólo en el orden natural, sino en el sobrenatural á que había sido elevado.

Si Adán, al salir de las manos de Dios, tenía todos los elementos para ser por la generación el padre de toda la raza humana, debía también, para ser su gobernante y su maestro, estar dotado de una ciencia completa.

Adán tuvo, en consecuencia, la fe explícita de los misterios divinos, el conocimiento de todas las cosas terrenas y celestiales.

Por eso en el Libro de la Sabiduría se dice que Dios llenó á la primera pareja humana con tesoros de sabiduría; que llenó su espíritu de ciencia y depositó en sus corazones la discreción y el buen sentido.

Una frase del Génesis revela también la sabiduría de Adán.

Cuando el Señor lo llevó al Paraíso, trajo á

su presencia á todos los animales y Adán dió á cada uno de ellos el nombre adecuado, el nombre que les convenía.

Dar el nombre á una cosa es el signo que mejor revela la profundidad de la ciencia.

El nombre adecuado es, si cabe la frase, la traducción en lenguaje humano, de la naturaleza y propiedades del ser que lo recibe.

Esta es la teoría verdadera, esta es la teoría noble y consoladora, que la humanidad ha guardado siempre con veneración y respeto.

Ha habido filósofos y los hay todavía que, profesando abyectas doctrinas, hacen salir al hombre del animal, después de haber hecho salir al animal de las entrañas de la tierra.

Otros hay, filósofos incrédulos también, que dan por primer padre del género humano al salvaje ignorante y grosero, tal como se le ve hoy en los países en que no luce todavía el sol esplendente de la civilización.

“Observadores aturdidos, dice el P. Monsabré, que no ven en el salvaje los signos acusadores de una degradación, y que toman por aurora el triste crepúsculo de una inteligencia próxima á extinguirse.”

Hay otra escuela espiritualista que, despreciando la enseñanza católica y las luces que ella difunde sobre la historia, no teniendo en cuenta más que las miserias, las luchas y las transformaciones de nuestro estado actual, se esfuerza por establecer entre la vida de la humanidad y la vida de los individuos un paralelismo sistemático.

Esa escuela imagina, en el origen de nuestra historia, un cierto estado de ignorancia, punto de partida de todos los progresos del espíritu humano.

Es lo que ellos llaman la espontaneidad, prece- diendo á la reflexión; la ignorancia disipándose, á medida que las primeras generaciones se alejan de su fin.

No ha sido este el sentimiento de la humani- dad ilustrada en el curso de los siglos. Confucio, Platón, Aristóteles, Cicerón, todos los genios más elevados del mundo pagano, han celebrado, con voz unánime, la sabiduría de sus padres.

Ellos se gloriaban, más bien que de ser nova- dores, de ser los que habían venido á restaurar la sabiduría antigua.

Ellos han invocado siempre el testimonio de sus antepasados, en apoyo de lo que han dicho de

más sublime sobre Dios y sobre las verdades re- ligiosas.

¿Y no sería absurdo, en hombres tan eminentes, esta veneración, este respeto profundo por la antigüedad, si no hubieran estado convencidos de que las primeras edades fueron más ilustres por la ciencia de las cosas divinas?

Lucano, en su Farsalia, nos describe al hom- bre primitivo, enseñado por Dios mismo:

*....Diritque simul nascentibus auctor
Quid quid scire licet.....*

Esa escuela que pone la cuna del mundo en una infancia ignorante y salvaje, confiesa, sin embargo, por la boca de uno de sus más célebres representantes, que todas las tradiciones anti- guas remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibió de él inme- diatamente todas las luces y todas las verdades, bien pronto ofuscadas y corrompidas por el tiempo y por la ciencia incompleta de los hom- bres.

La edad de oro, el Edén, es lo que la poesía y la religión ponen al principio de la historia.

Renan, haciendo constar con los alemanes la universalidad de la tradición respecto del Edén,

hace esta preciosa confesión: "Es preciso, dice, que tales analogías descansen sobre algún razgo general de la condición de la humanidad ó sobre alguno de sus más profundos instintos."

No tenemos, entonces, el derecho de sacrificar las tradiciones á los sistemas, sobre todo cuando esas tradiciones vienen á confirmar una historia que ha demostrado la ciencia.

Adán fué creado en justicia y en santidad.

Su alma, penetrada de una virtud milagrosa, se apodera de los elementos corruptibles de la materia y corrige su tendencia nativa á la dispersión. Sin estar emancipado de las necesidades de la naturaleza, nunca sufre su esclavitud humillante.

Dueño de su cuerpo, que nutre con el fruto del árbol de la vida, aguarda en paz la perpetua renovación de sus días.

Su vida es una contemplación permanente: su inteligencia, desprendida de los sentidos, prontamente se eleva de lo pasajero á lo eterno, de lo móvil á lo inmutable, de lo limitado á lo infinito.

La ciencia se apodera, de un golpe, de su inteligencia, sin que esté condenado á las lentitudes del estudio y de la experiencia.

Por la vía rápida de la inspiración, y no por la labor del análisis, posee súbitamente la síntesis de los conocimientos humanos.

Perfecto en su inteligencia, no lo es menos en su voluntad, que sigue sin esfuerzo los consejos de la razón y dócilmente obedece los suaves impulsos de la gracia.

Sus relaciones con Dios y con las creaturas, están marcadas con el sello de su grandeza y de su inocencia.

"A la hora de la tarde, dice el P. Monsabré, en que la brisa tibia se embalsama con el perfume de las flores, Dios hace escuchar en las soledades del Edén su paso majestuoso y su voz augusta."

Adán le pregunta y Dios le ilumina, Adán le ruega y él le escucha, Adán le adora y él le bendice.

Adán llama á todos los animales, los acaricia y los despide.

Es el custodio del lugar delicioso en que corre su vida: allí trabaja, es el cooperador de Dios.

Adán y Eva serán padres de incontable descendencia, obedeciendo las leyes de multiplicación que Dios ha bendecido y consagrado.

De una extremidad á la otra del mundo los hom-

bres, hijos de un mismo padre, están unidos por la doble fraternidad de la felicidad y de la sangre.

Tales son los principios consoladores en que descansa el misterio de la Encarnación reparadora.

LA CAÍDA.

Adán fué creado, y no podía ser de otro modo, en estado de inocencia, de original justicia y de santidad.

Habría transmitido á su descendencia todo ese estado feliz en que plugo á la mano divina sacarlo del fondo de la nada, para hacerlo el origen y la fuente sin mancha de una raza privilegiada.

Adán y Eva estaban desnudos y no se avergonzaban.

La carne no tenía á sus ojos más que los atractivos de una casta belleza, con que Dios la había revestido.

Desconocían sus rebeliones y no sospechaban siquiera sus placeres criminales.

Todo para ellos era santo, y debían multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida.

La generación habría obedecido á las mismas leyes que hoy obedece, pero habría sido una generación casta y purísima.

Sus hijos habrían tenido las necesidades propias del que es pequeño, pero no habrían tenido las enfermedades del que es pasible y mortal.

No habrían tenido, desde la infancia, una ciencia perfecta, pero á su tiempo recibirían la plena luz de la sabiduría, y no tendrían que temer que el error se mezclase á las verdades prontamente adquiridas y que debían ser la propiedad de sus entendimientos.

Si no hubieran nacido impecables, habrían quedado desde el primer momento de su concepción inundados de la gracia divina y habrían sentido infaliblemente que se volvían hacia el bien los primeros movimientos de su corazón libre.

Estado tan feliz, parece, al referirlo hoy, un sueño ó un delirio.

Y sin embargo, es una verdad, es la primera página de la historia de la vida humana.

¿Qué ha pasado, entonces?

¿Por qué la muerte va cosechando, una tras otra, todas las generaciones?